

PERÚ: UN PAIS CON MIL CARAS DISTINTAS

Una visión General.

Klennie Rocío Canal Odicio

Muchos acuden a Perú seducidos por la fuerza del mito, por la fascinación que ejercen las antiguas culturas y civilizaciones andinas. Sin embargo, la cordillera y el altiplano donde se desarrollaron estas culturas, apenas representan un tercio del territorio del país. Más de la mitad de la superficie peruana pertenece geográficamente a la depresión amazónica. Y el resto, es la estrecha franja costera comprendida entre los Andes y el océano Pacífico, donde se concentran la mayor parte de la población y de la actividad económica y política.

Son tres universos unidos y radicalmente distintos. Tres caras diferentes de un mismo Perú, que ofrecen a simple vista desmesurados contrastes. Se puede, en un solo día, pasar de la inmensidad del océano a la del desierto, flanquear puertos, cordilleras nevadas y dormir en plena selva tropical, siguiendo rutas que enlazan una sucesión de escenarios colindantes y, al mismo tiempo, antagónicos: pesquerías industriales, ciudades modernas, explotaciones agrícolas mecanizadas, pastores de la puna –un altiplano inhóspito, por encima de los tres mil metros de altura-, aldeas perdidas, campesinos que trabajan la tierra con herramientas preincaicas, y comunidades amazónicas que viven de la caza y de la recolección. Gentes y paisajes con formas de vida divergentes, pero que evidencian la riquísima diversidad cultural del país .

Para el que quiera visitar Perú, el descubrimiento depende menos de la longitud de su itinerario, que de su sensibilidad para aproximarse en cada momento a la realidad que lo circunda. Jamás podrá sustraerse a la enorme complejidad de un país que integra esplendores pasados y retos del presente, culturas autóctonas y economía industrial.

Esté donde esté, cada episodio de su estadía traerá consigo nuevos hallazgos y emociones. También numerosas dudas y preguntas: ¿por qué nacieron, hace miles de años, culturas tan originales como la chavín, o tan poderosas como la mochica?, ¿cómo se consolidó una organización social andina capaz de crear el extenso imperio inca, y cómo pudo derrumbarse éste de una manera tan abrupta?, ¿cuáles son las causas del éxito económico aparente de las civilizaciones precolombinas y de las dificultades de los actuales

gobiernos?; ¿qué motivos explicaron la sangrienta trayectoria de sendero luminoso?; ¿por qué Fujimori pudo encumbrarse en el poder?.

LAS EXPLICACIONES DEL PASADO... Y DEL PRESENTE

Son cuestiones polémicas que, no hallarán respuestas absolutas ni irrefutables. Las claves del pasado más remoto estimulan las cábalas de curiosos y especialistas, y las del presente hay que buscarlas en los avatares de los últimos siglos de la historia peruana. Sin ellos, no se puede comprender este país.

Para algunos, la andadura del moderno Perú empieza en el momento mismo de su independencia, durante 1821, cuando, apenas emancipados de la Corona española, los libertadores iniciaron un nuevo capítulo de luchas para hacerse con el poder. Los generales, crecidos por la reciente victoria, ya no compartían intereses ni objetivos con los grandes propietarios de minas y tierras, y, a río revuelto, las potencias extranjeras con más peso en la región, sobre todo Inglaterra y Estados Unidos, impusieron sus condiciones. La oligarquía criolla, identificada con los valores e intereses del Occidente industrializado, asumió un modelo económico basado en la exportación de materias primas. Un modelo que iba a generar nuevas formas de producción y nuevas formas de dependencia, más lesivas, si cabe, que la subordinación colonial. Perú era rico en guano, nitratos y otros minerales; en caucho y en productos agrícolas, como la caña de azúcar y el algodón, y las actividades extractivas o productivas quedaron con frecuencia bajo el control directo de los países importadores, o en su defecto, de algún representante local con una probada lealtad a sus intereses.

La nueva coyuntura económica y social repercutió profundamente en las poblaciones afectadas. Las compañías que se establecían para abastecer los mercados exteriores, formaban auténticos enclaves coloniales. Esto comportaba el desalojo de los habitantes del área elegida y el empleo de una abundante mano de obra asalariada.

Todo el entorno quedaba reorganizado y desequilibrado en función de las nuevas necesidades de producción, pero al margen de los beneficios obtenidos, de las riquezas generadas. De un mundo hecho de ganaderos y agricultores autosuficientes, se pasó al nacimiento de un proletariado urbano. Un proletariado que era cada vez más distinto de

las sociedades campesinas mayoritarias y, a medida que avanzaba el siglo xx, más partícipe de las distintas corrientes ideológicas que habían de desembocar en profundas transformaciones políticas y sociales.

Éstos son algunos de los factores que han lastrado el frágil equilibrio entre las regiones que configuran el país. Ya en los años sesenta, el antropólogo y escritor José María Arguedas supo expresar su lúcida percepción de un Perú culturalmente mestizo, hecho de pueblos que influyen y al mismo tiempo son influidos por los demás, e inmerso en un proceso de cambio tan inevitable como difícil y esperanzador. Treinta años después de su muerte, el pensamiento integrador de Arguedas centra aún el debate sobre el futuro posible que desean los peruanos .

Algunos, como Mario Vargas Llosa, califican su legado como una utopía arcaica. Otros, sin embargo, lo consideran vigente y de una absoluta modernidad, en una fértil controversia que incide en algunos aspectos fundamentales del Perú contemporáneo.

Cuando uno recorre, el Perú tiene garantizada la emoción de penetrar en templos y lugares sagrados, de apreciar tradiciones milenarias de gozar intensamente el paisaje... Pero, en los lugares más insospechados, también hallará interlocutores que le harán percibir esa dimensión más íntima y esencial de la existencia cotidiana, reflejada en el sentir de quienes la construyen. En una visita a Perú, la posibilidad de aunar sus experiencias con una visión más profunda y matizada de la realidad peruana es, sin duda alguna, una apuesta que merece la pena .

ELECCIONES PRESIDENCIALES 2005.

Primera vuelta 9 de abril de 2005.

El Perú, actualmente con más de 27 millones de habitantes vivió con pasión el proceso electoral, con coloridos actos partidarios a toda hora en distintos puntos del territorio nacional. A menos de diez días de los comicios el resultado era tan incierto como el perfil ideológico del favorito, Ollanta Humala, líder nacionalista de Unión por el Perú, quien aparecía como el “candidato de los pobres”.

Se conocieron las últimas encuestas y los candidatos más de veinte, en un intento desesperado por convencer a los peruanos de que son la mejor opción para este castigado

país con más del 50 % de pobres, pese a haber crecido en los últimos 5 años un 21%.

Los últimos sondeos conocidos le dieron a Ollanta Humala el 33% de intención de voto, seguido por la candidata de la derecha Unidad Nacional, Lourdes Flores con 27% y el ex presidente Alan García, del APRA, con 21%.

Las encuestadoras coincidieron en las diferencias entre los tres candidatos con mayores posibilidades de pasar a una eventual segunda vuelta si ninguno supera el 50% más uno de los votos .

Segunda Vuelta: Perú elige entre dos corrientes de izquierda.

En un crucial ballotage, que incidirán en el actual equilibrio político de la región, más de 16 millones de peruanos estuvieron en condiciones de ir a las urnas para elegir a su próximo presidente entre dos candidatos de las dos corrientes de izquierda que recorren América Latina.

El ex presidente Alan García –carga con el antecedente de un nefasto gobierno-, considerado el representante de una izquierda moderada y el militar nacionalista Ollanta Humala, señalado como el candidato del venezolano Hugo Chávez, representante de una izquierda más populista y radical.

Perú será hoy también escenario de la “guerra fría” que enfrenta al mandatario venezolano con la Casa Blanca, por la influencia en una región en la que Estados Unidos está perdiendo terreno.

Aunque García –que quedó segundo en la primera vuelta- aparece como favorito en todas las encuestas, los últimos sondeos indican que el apoyo al ex mandatario cayó durante los últimos días, mientras que repunto el respaldo a su rival.

Esta progresiva reducción de la ventaja de García, sumada a la cantidad de indecisos –casi el 7%- hacen temer un resultado sorpresivo.

En un país que ostenta buenos índices macroeconómicos desde hace cuatro años, pero que no ha logrado reducir la pobreza –que afecta a la mitad de la población-, Humala y García pasaron a esta segunda vuelta con la promesa de un cambio, para que la bonanza llegue a todos los peruanos .

Dos modelos de países

Pese a ciertas similitudes en sus programas –los dos candidatos proponen revisar contratos con empresas extranjeras y reformar leyes laborales-, los analistas creen que el ex mandatario, en caso de llegar al poder; mantendrá el actual modelo económico inaugurado por Alberto Fujimori (1990-2000) y mantenido por el presidente Alejandro Toledo, aunque con una mayor presencia reguladora del Estado.

En cambio, la promesa del militar retirado de nacionalizar los sectores estratégicos de la economía, sumada a su cercanía con Chávez, hacen temer una huida de inversiones y un freno al crecimiento, si él llega al poder.

El principal obstáculo que enfrenta el ex mandatario, en cambio, es su propio pasado, marcado por un gobierno que dejó a Perú sumido en una de las peores crisis económicas de su historia.

Pero tampoco Humala se salva de su pasado. Acusado de “golpista” y “asesino” por García, este teniente coronel retirado carga con un currículum que incluye un fallido levantamiento contra Fujimori, en el 2000, y acusaciones de violaciones a los derechos humanos cuando combatía en la selva peruana contra Sendero Luminoso.

Por lo visto, ninguno de los dos tiene un pasado del cual vanagloriarse, la mayoría de los peruanos –según las encuestas- considera a García “el mal menor”.

A esta percepción del ex presidente como el candidato “menos malo” ayudó la campaña por la segunda vuelta, en la que García moderó su discurso, para intentar captar el voto de la conservadora Lourdes Flores, derrotada en la primera ronda, así como de otros candidatos de centroderecha .

El fantasma de la década del 80 aún causa temor en el país.

En el cierre de su campaña, García usó una frase clave con la que los diarios de Perú titularon, sus crónicas del día siguiente: el ex mandatario prometió que en su nuevo gobierno no habrá más colas. Esta obsesión de los peruanos con las filas interminables y el desabastecimiento resume el temor que muchos sienten ante la posibilidad de que García llegue al poder y repita los errores de su anterior gobierno, considerado por muchos el peor de la historia peruana.

Elegido en 1985 con sólo 35 años, García se convirtió en el presidente más joven de

América Latina y en un líder que, con un discurso populista, era admirado por muchos en la región. Pero cinco años después dejaría el poder con el país sumido en una de las peores crisis económicas de su historia, con la violencia terrorista de Sendero Luminoso en auge, acusado de corrupción y de violaciones a los derechos humanos, y con una popularidad que había caído del 90 al 5%.

En esos cinco años, García nacionalizó la banca, impuso un severo control del tipo de cambio y limitó el pago de la deuda externa al 10% de los ingresos por exportaciones. Su desastrosa gestión económica llevó a la inflación a un 7500 por ciento anual, con lo que los precios se duplicaban de la mañana a la tarde. Los controles de precios generaron escasez y aumentó la pobreza. Las cuentas bancarias en dólares fueron congeladas y se les devolvió a los ahorristas un monto en intis, moneda nacional de aquella época totalmente devaluada. La política económica de este líder que tanto prometía ahuyentó las inversiones y convirtió a Perú en un paria internacional. Pero no sólo la economía hundió a su gobierno. El terror senderista, que se había iniciado durante el anterior gobierno de Fernando Belaúnde, en 1980, alcanzó los picos más altos de violencia entre 1986 y 1988. Sin embargo, y pese a este nefasto antecedente, los analistas confían en que un eventual nuevo gobierno de García no sea como el anterior. Dicen que sería políticamente más débil, pero económicamente más “sensato”.

Políticamente más débil porque el ex mandatario no sólo no tendrá mayoría en el Congreso –como sí la tuvo en su primer mandato-, sino porque su Partido Aprista Peruano (PAP) será la segunda fuerza parlamentaria, detrás de Unión Por el Perú (UPP) de Humala. Este partido tendrá 45 legisladores en el Congreso unicameral, frente a los 35 del PAP .

En el área económica, sin embargo, las perspectivas mejoran. “Su filosofía económica no será la misma que en el primer gobierno. García tiene ahora una mayor comprensión de la economía de mercado. Ha madurado y creo que va a tener un mayor respeto por la estabilidad macroeconómica y monetaria” .

El mismo García ha dicho que no repetirá los errores del pasado. En esto parecen confiar los peruanos que van a votar por él.

El legado de Toledo: Economía en alza y deuda Social.

El sucesor de Alejandro Toledo debería estar agradecido. Recibirá un país cuya economía crece sin pausa desde hace más de cuatro años, donde la inflación anual no supera e 3 % y vivió un boom exportador.

Pero los logros del gobierno de Toledo, que comenzó en 2001 y terminará el 28 de julio. Además de mantener la estabilidad y el impresionante crecimiento de la economía –que fue del 6,7 por ciento el año pasado-, el nuevo presidente deberá hacer frente a la gran cuenta pendiente del actual gobierno: lograr que los buenos índices macroeconómicos se traduzcan en una mejor calidad de vida para los peruanos, la mitad de los cuales vive en la pobreza. Como dicen en Perú, hacer realidad el derrame del que habla Toledo, pero que la gente común no ve.

En cuatro años, este gobierno redujo sólo en tres puntos el nivel de pobreza. Según el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI), esta tasa pasó de 54.3 en 2001 a 51,6 en 2004, el último año del que se tiene información.

Junto con este flagelo, los otros dos problemas que más preocupan a los peruanos, y a los que deberá prestar atención el nuevo presidente, son el desempleo –que afecta al 10% de la población- y la inseguridad.

Pero no fueron sólo las fallas de Toledo en estos temas las que lo convirtieron en el presidente más impopular de América Latina, con un nivel de aprobación que llegó al 8%. El mandatario tuvo un estilo de gobierno muy poco austero en el manejo de los recursos del Estado. “En los primeros días de su gestión se impuso una remuneración de 18.000 dólares y dijo que era un seguro para no caer en la tentación de la corrupción” .

Los escándalos se sucedieron, unos tras otros e incluyeron el reconocimiento de una hija ilegítima, así mismo, innumerables acusaciones de corrupción contra su entorno y su familia y hasta una denuncia contra uno de sus sobrinos por violación.

Curiosamente, Sin embargo, la popularidad de Toledo –el primer presidente de origen indígena de Perú- creció hasta llegar al 33 por ciento en los últimos meses, en los que los peruanos estuvieron más atentos a la campaña electoral que a los errores de su gobernante. Ahora que tienen que elegir a su sucesor entre un ex presidente con un pasado nefasto –García- y un militar nacionalista con dudosas credenciales democráticas –Ollanta Humala-, muchos ven con mejores ojos a Toledo, un mandatario tan desprestigiado, que fue imitado por los humoristas con una botella de whisky en la mano. El “Cholo”, como lo llaman a Toledo no perdió la oportunidad de hacer notar este repentino cariño hacia su

persona.

Sin embargo, Toledo volvió a ser muy criticado en estos días, cuando manifestó su apoyo a su antiguo rival, García, cuando señaló que en estas elecciones presidenciales, Perú se debatía entre “la democracia y el autoritarismo”. El presidente también pidió a su sucesor que mantuviera el modelo que permite a Perú ser uno de los países con mejor desempeño económico de América Latina. Aunque, teniendo en cuenta el perfil de los dos candidatos que se enfrentarán hoy en las urnas muchos creen que sus logros podrían correr peligro .

Clara Victoria en la segunda vuelta: Alan García ganó en Perú y vuelve a la presidencia.

Se impuso al militar nacionalista Ollanta Humala, que tuvo apoyo del venezolano Chávez. Tras 16 años volverá a gobernar un país golpeado por la pobreza y la corrupción. Su anterior gestión terminó en fracaso.

Dos décadas después de su primer triunfo electoral el ex presidente peruano Alan García volverá a ocupar el Palacio de Pizarro desde el 28 de julio próximo, según datos oficiales con el 97,3% de los votos escrutados, el líder del APRA derrotó al candidato nacionalista, Ollanta Humala, al lograr el 55,4% de los votos contra el 44,5% para su opositor. Los datos oficiales difundidos, mostraban una clara victoria para el postulante aprista, quien obtenía más de un millón de sufragios de diferencia respecto de su rival: 5.750.148 millones para García contra 4.618.301 millones para Ollanta. La segunda vuelta atrajo a una cantidad muy importante de electores, el 88.9 por ciento del padrón habilitado.

Los datos oficiales confirmaron los adelantos de los sondeos a boca de urna que desde temprano, le daban el triunfo a García por un promedio de seis puntos.

En su primer mensaje como mandatario electo, García dijo: “Hemos escuchado el mensaje del sur postergado que no nos ha votado y que reclama cambios profundos para salir del atraso”. “El gobierno que propongo es de concertación, conciliación, diálogo y apertura”, criticó con aplomo pero con firmeza al presidente venezolano Hugo Chávez, quien apoyó a su rival Humala. “Hoy día el país ha dado un mensaje mayoritario de la independencia nacional y de la soberanía al derrotar el esfuerzo del señor Hugo Chávez de incorporarnos a su estrategia de expansión del modelo militarista y retrógrado que ha pretendido

implantar en Sudamérica”, agregó que: “En esta segunda oportunidad moriremos en el empeño de no defraudar al pueblo peruano” .

Con anterioridad el candidato derrotado se había dado como virtual jefe de la oposición peruana cuando implícitamente reconoció el triunfo de García al decir que “hoy empieza la gran transformación del país”. “La esperanza se ha impuesto al miedo”, Ollanta dijo que esperaría los resultados oficiales, pero hizo un llamado a la unidad de los sindicatos, empresarios, movimientos sociales y todos aquellos que se oponen al modelo neoliberal a iniciar juntos “la transformación nacional”.

Según los datos oficiales García se impuso en los distritos más habitados como Lima y El Callao, pero Humala triunfó en la mayoría de las provincias del interior, especialmente en el sur.

Alan Gabriel Ludwig García Pérez tendrá así, a los 57 años, su segunda oportunidad de gobernar Perú, a los 16 años del fin de su primera gestión. Casado con la argentina Pilar Nores, tiene cinco hijos cuatro mujeres y un varón.

El ex canciller argentino y actual diputado Rafael Bielsa, jefe de la misión de observadores de la OEA, dijo que “las elecciones presidenciales se desarrollaron con total normalidad, salvo algunos hechos muy aislados y que no salen de lo normal en estos casos”.

Los Desafíos de Alan García. Un presidente sin “luna de miel” y obligado a una concertación.

El claro triunfo de Alan García no le garantizará gozar de la “luna de miel” de la que suelen disfrutar los gobernantes en sus primeros meses de gobierno. La certeza de que gran parte de sus votos en este ballottage –por no decir la mayoría- son producto del miedo que ha provocado en amplios sectores sociales la candidatura de Ollanta Humala, le impedirá al presidente electo comenzar su gobierno con el grado de legitimidad que tenía, por ejemplo, en 1985 cuando se impuso en la primera vuelta por más de 30 puntos de diferencia sobre Alfonso Barrantes.

El país que recibe García es muy distinto al que heredó entonces y, también, al que él dejó en 1990. Hoy el Perú lleva cinco años de crecimiento económico récord (casi 21% del PBI) y ya no hay vestigios de la violencia de Sendero Luminoso.

Pero García tendrá más de un problema. Por un lado, deberá lidiar con una derecha

política que con una alta dosis de repulsión lo ha acompañado en este ballottage ante el crecimiento de Humala. Y por el otro, tendrá como principal opositor a un líder nacionalista con un discurso llano y efectivo, que en sólo cinco meses de campaña logró movilizar a miles de abandonados por el sistema.

En este escenario, Alan García se verá obligado a concertar. Ya ha dado señales de que esa será una de las líneas rectoras de su gobierno: ha dicho que su gabinete tendrá a “los mejores hombres y mujeres del Perú”, sin importar su filiación partidaria.

Además, no contará con mayoría propia en el Congreso unicameral de 120 miembros: apenas 36 congresistas son del APRA, frente a los 45 que obtuvo en abril Unión por el Perú de Ollanta Humala. Los otros 17 legisladores de la derecha Unidad Nacional de Lourdes Flores y los 5 del centrista Valentín Paniagua, serán clave para apurar en el Congreso los programas de cambio y de desarrollo social que ha planteado el nuevo presidente.

La derrota de Humala con apenas 43 años, cinco meses de campaña y un partido en formación no sólo se impuso en la primera vuelta con 3.8 millones de votos, el apoyo que obtuvo en este ballottage lo coloca como un referente indiscutible de la política peruana.

Humala, además, triunfo en la mayoría de las 25 regiones del país mientras que García concentró la mayoría de votos en Lima.

Si Humala y su partido son capaces de articular una oposición con propuestas, Alan García no podrá ignorar a una enorme porción de la población que exige cambios profundos y que no puede esperar.

El regreso de García al Palacio de Pizarro no será fácil. Estará en él y en su capacidad para articular consensos, que su segunda presidencia logre borrar de la memoria de los peruanos su primer gobierno, 21 años atrás .

El mensaje de las urnas: “Distribución de la riqueza más justa”

La segunda vuelta electoral que celebró el Perú puso a los analistas en un serio aprieto: cómo explicar que el país tuviese que optar democráticamente entre un militar sin más carrera política que un cuartelazo y el presidente que nos llevó a la peor crisis económico de la historia peruana.

Los diversos observadores bajaron varias hipótesis: amnesia histórica, ignorancia

generalizada y estupidez crónica eran algunas de ellas, hay una explicación sencilla: Perú tiene el 50% de pobres en su población. Nótese que es casi la suma exacta de votos que obtuvieron García y Ollanta en la primera vuelta.

La pobreza determina la percepción de los candidatos. Para el votante que no tenía nada antes de García y nada después, ese gobierno no significó una crisis especialmente severa. Y, por supuesto, para quien está preocupado por qué va a comer mañana, la democracia en sí resulta una preocupación demasiado abstracta. De hecho, una reciente encuesta le concedía apenas un magro 7% de popularidad entre los peruanos, muy por detrás del empleo, la educación, la salud y la pobreza misma.

¿Fueron entonces un fracaso las políticas liberales implementadas en los últimos cinco años?. Hay que admitir que lograron reducir la pobreza, exactamente en un 2%. A este ritmo, el problema quedaría erradicado en 125 años.

Es difícil, convencer a los peruanos de que la continuidad de las políticas económicas resolverá sus problemas más acuciantes. Este autor dice que: “No quiere dilucidar quién tiene razón o no, sólo dice que, en términos de marketing, no resulta persuasivo ofrecerle estabilidad a quien es establemente miserable”.

En ese sentido, el discurso liberal sobre la estabilidad y la inversión extranjera como generadora de riqueza es percibido por la mitad del Perú como una falacia destinada a garantizar los privilegios de las elites. Y eso ha sido el gran error de los empresarios peruanos durante décadas: no se han aliado nunca con los líderes políticos para crear un proyecto más allá de la coyuntura. Con gobiernos populistas como el de García no reinvirtieron en el país, con gobiernos corruptos como el de Fujimori pactaron por debajo de la mesa –y hay videos que lo muestran-, con gobiernos liberales como el de Toledo no aceptaron aumentar la presión fiscal más allá del 13%. En el liberal Chile, su supuesto modelo, la presión fue del 18%.

Así, las clases más poderosas han creado a sus propias bestias negras electorales. La elección de las urnas es clara: los votantes exigen una distribución de la riqueza más justa. Y los únicos que la han ofrecido son García y Humala. Quizá no sean las opciones que más les gustarían a los peruanos, pero son las que hay. Quizá no digan la verdad, pero al menos se refieren al tema.

En una democracia, izquierda y derecha se necesitan mutuamente. El voto por Ollanta en primera vuelta mostró que un 30% de los peruanos no creen en ningún político que

conozcan y prefieren el salto al vacío. Independientemente de nuestro nuevo presidente, ese porcentaje crecerá si los políticos de todas las tiendas no consiguen un consenso que resuelva los problemas de los ciudadanos. En ese caso, se desacreditará la democracia .

Alan García, un líder egocéntrico que intenta rehacer su pasado.

Su primer gobierno (1985 – 1990) terminó en la violencia y la hiperinflación. Alan Gabriel Ludwig García Pérez, 57 años, cinco hijos, una esposa argentina –Pilar Nores-, una ex mujer, y toda una vida ligada al APRA, el partido que lo vio nacer el 23 de mayo de 1949 en una familia de clase media, aprista hasta los huesos.

Hijo de Carlos García Ronceros y Nytha Pérez, recién conoció a los 5 años a su padre – quien lo había visto con apenas 8 días de vida-, cuando salió de prisión tras haber pasado ocho años preso por la dictadura de Manuel Odría.

Cuentan, que un día de septiembre de 1963 –con apenas 14 años- en un acto cívico de su colegio Eguren, Alan García salió de la rígida fila de corte militar, se subió al escenario y, ante el asombro de todos, pidió un minuto de silencio para Manuel Seoane, un dirigente aprista que había muerto en Washington. Todos le hicieron caso.

Ese parece haber sido el bautismo de fuego de Alan García y reveló la personalidad del futuro presidente. Años antes, ya había dado muestras de su interés por la política.

“Tendría unos 11 años cuando un día los vi sentado, pensando frente a una hoja en blanco. Cuando le pregunté qué hacía, me dijo que iba a ser candidato a alcalde escolar y que estaba escribiendo su programa, recordó su madre.

En 1965 ingresó a la Universidad Católica para estudiar Letras y Derecho, 1970 pasa a la de San Marcos para terminar sus estudios. Por esos años ya había conocido al fundador y líder del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, quien había quedado cautivado por su inteligencia y dotes de orador.

El ex diputado Carlos Roca Cáceres explica que Haya les exigía mucho. Un compañero de García confirma que los lunes, cuando todos hablaban de lo que habían hecho el fin de semana, García tenía siempre la misma respuesta: “Alan Decía que había estado con el viejo Haya”.

Luego de graduarse como abogado, Haya lo instó a continuar sus estudios en Europa y es

así que, en 1972, inició un doctorado en Derecho en la Universidad Complutense de Madrid. Dos años después, se trasladó a París para estudiar sociología en La Sorbona. En 1977, García retornó al Perú e impresionó a Haya con su desarrollo. Según un amigo cercano, había dado un “gran salto intelectual” y el fundador del aprismo decidió que García estaba listo para postularse a la Asamblea Constituyente de 1978.

Para entonces ya se había casado con Pilar Nores, a quien impresionó y enamoró en Sevilla, durante una conferencia sobre política latinoamericana. “Yo, formada en Argentina, defendía a San Martín y él a Bolívar. Pero él sabía más que yo”, recordó Pilar Nores ante el diario La República.

En la Constituyente descolló con sus discursos y lo mismo hizo como diputado, desde 1982. Pero sería en la campaña presidencial de 1985 cuando todas sus dotes de orador, de líder impetuoso y egocéntrico, saldrían a la luz.

Durante los primeros tiempos de su gobierno, cuando gozaba de un enorme respaldo popular, dos episodios le hicieron ganar fama de “Caballo Loco”. El primero –según relata Enrique Cornejo- ocurrió en septiembre de 1985. Ante la Asamblea de las Naciones Unidas dijo que el problema del narcotráfico era un asunto de oferta y demanda. E invitó a que lo acompañaran a visitar la Estación Central de Nueva York para comprobarlo. Allí se vendía la droga que se producía en América Latina. Al año siguiente, en 1986, en la cumbre de los países No Alineados, en Harare (Zimbabwe), el choque fue con Fidel Castro. Cuenta Hugo Otero, ex secretario de Difusión y Propaganda y cercano colaborador de García, que en un almuerzo, el líder cubano comenzó a aconsejarlo sobre cómo presentarse y qué cosas decir en el foro de los No Alineados. García lo escuchó con atención y le dijo que agradecía sus recomendaciones, que eran muy oportunas. “Pero, ¿sabe una cosa? A mi no me gusta que me lleven de la nariz”.

Su gestión es conocida. En un contexto internacional desfavorable, Perú se desbarranco por el tobogán de la hiperinflación –más de 7.000 por ciento-, el desabastecimiento, la violencia guerrillera y la corrupción: allí están en Lima los pilotes abandonados sobre los que se construiría un tren eléctrico. Del dinero que aportó Italia, no quedaron rastros.

En 1990, dejó el poder en manos de Fujimori con su popularidad por el piso. Y el 5 de abril de 1992, día del autogolpe fujimorista, huyó por los techos de su casa, cuando las tropas iban por él. Se exiló en Bogotá y París y sobrevivió a las causas por corrupción que le abrieron: en algunas fue absuelto; la mayoría prescribió.

Su padre no lo vio nacer y él no lo vio morir: Fujimori le negó un salvoconducto por cinco horas para que volviera al país al entierro, de su padre en mayo de 1994. Nunca se lo perdonará.

Con la caída del fujimorismo, regresó al país en 2001 y en cinco meses obtuvo en el ballottage el 46% de los votos, pese a ser derrotado por Alejandro Toledo. Ahora va por una doble revancha: su gobierno y su derrota.